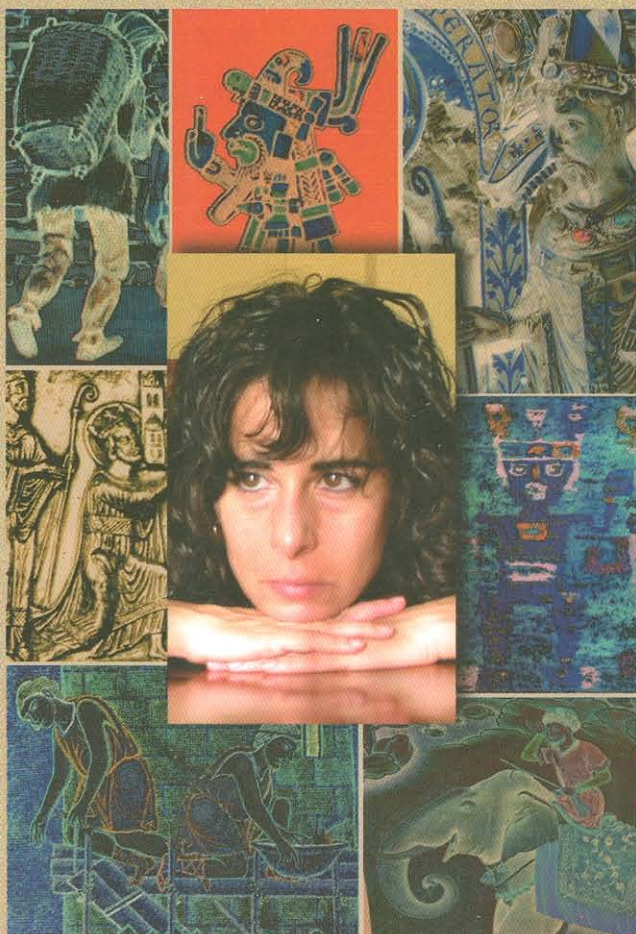


CÓMO SE RECUERDAN LAS VIDAS PASADAS

JINARAJADASA



PENETRA CONSCIENTEMENTE
EN TUS REENCARNACIONES ANTERIORES

EDICIONES OBELISCO

JINARAJADASA

CÓMO SE RECUERDAN
LAS VIDAS PASADAS



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Clásicos de la Autoayuda

Cómo se recuerdan las vidas pasadas

Jinarajadasa

1ª edición: febrero de 1995

2ª edición: abril de 2002

© 1995 by Ediciones Obelisco

(Reservados todos los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.

Pere IV, 78 (Edif. Pedro IV) 4ª planta 5ª puerta 2ª Fase

Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23

08005 Barcelona - España

Castillo, 540 - Tel. y Fax. 541-14 771 43 82

1414 Buenos Aires (Argentina)

E-mail: obelisco@airtel.net

ISBN: 84-7720-411-X

Depósito Legal: B. 13.991 - 2002

Printed in Spain

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.
de Capellades (Barcelona)

Ninguna parte de esta publicación, incluso el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

I. Cómo se recuerdan las vidas pasadas

Entre las numerosas doctrinas que han aliviado la carga de los hombres, no cabe la menor duda de que la de la reencarnación es la más eficaz. Eso no sólo se explica por el hecho de que uno nazca rodeado por el lujo y otro en medio de la pobreza, porque el uno sea un genio y el otro un deficiente, sino también porque nos aporta la certidumbre de que *los hombres se encuentran precisamente con aquello que han sembrado en el pasado*; así pues, el pobre y el rico de hoy encontrarán en la vida futura aquello que desean, con tal de que empiecen a actuar en ese mismo sentido a partir de ahora mismo; y de ese modo, hasta el deficiente, al actuar en una vida tras otra, se formará una mente que, en un futuro lejano, será similar a la de un genio.

Cuando se oye hablar por primera vez de la reencarnación, se supone, casi de modo natural, que se trata de una doctrina procedente de la India, ya que, como suele saberse, esta doctrina constituye el fundamento tanto del hinduismo como del budismo.

No obstante, la doctrina de la reencarnación ha sido aceptada por numerosas creencias, y no hay que buscar

sus orígenes exclusivamente en las fuentes indias. Se oye hablar de la reencarnación entre los aborígenes de la lejana Australia, y se cuenta de un indígena australiano que, al ser llevada al patíbulo, se mostró muy contento, y que en respuesta a su actitud desenfadada, dijo: *«Cae el hombre negro y nace el hombre blanco, que dispone de un montón de dinero para gastar»*.

Esta doctrina ya era enseñada por los druidas de la antigua Galia, y Julio César narra cómo se impartía la doctrina de la reencarnación a los jóvenes galos, y como consecuencia de la cual éstos no tenían miedo alguno de enfrentarse a la muerte.

Los filósofos griegos también conocieron esta doctrina. Pitágoras, por ejemplo, afirmó ante sus discípulos que en su vida pasada había sido un guerrero en el asedio de Troya, y que después se encarnó en el filósofo Armotimo de Glazomene.

La doctrina tampoco fue ignorada por el cristianismo, si es que aceptamos las afirmaciones exactas de Jesús cuando se le preguntó si Juan el Bautista era el profeta Elías renacido: *«Si queréis, podéis creer que este es Elías que ha regresado»*, a lo que se añaden las siguientes palabras significativas: *«Quien tenga oídos para oír, que oiga»*.

En la tradición hebraica posterior vuelve a aparecer la misma idea y el Talmud cita diversos casos de reencarnación.

La doctrina de la reencarnación ejerce una gran fascinación para muchas personas, y Schopenhauer no exagera mucho cuando dice: *«He comprobado que esta doctrina parece evidente a todos aquellos que han oído hablar de ella por primera vez»*.

Algunos creen en ella repentinamente, y la reciben como un rayo de luz procedente de las tinieblas, y entonces comprenden con claridad el problema de la vida, al aceptar que la reencarnación es la solución.

Para otros, en cambio, la creencia se forma gradualmente, a medida que las dudas se van transformando en claridad y que las preguntas encuentran una respuesta.

Existe, sin embargo, una objeción que se puede contraponer lógicamente a la creencia en la reencarnación entendida correctamente, tal como enseña la teosofía. La objeción consiste en plantear la siguiente pregunta: *«Si es como dice, si he vivido en la tierra en otros cuerpos, ¿por qué no recuerdo el pasado?»*.

Si la reencarnación es un hecho natural, deben existir, ciertamente, otros muchos factores concomitantes que indiquen su existencia.

Ningún hecho natural permanece aislado y, por consiguiente, debería ser posible descubrir el hecho por vías diversas.

Lo mismo puede decirse de la reencarnación; en efecto, hay multitud de hechos de orden psicológico que demuestran al investigador que la reencarnación debe ser un hecho de la naturaleza, y no una simple teoría.

Al contestar a la pregunta de por qué no recordamos nuestras vidas pasadas, lo primero que tenemos que dilucidar es qué entendemos exactamente por «memoria».

Una vez que tengamos las ideas claras sobre el mecanismo de la memoria, no tardaremos en comprender por qué recordamos o no recordamos nuestras vidas pasadas.

En resumen, podemos decir que aquello que entendemos por memoria no es una recopilación de los acontecimientos que se han experimentado. Al recordar aquel incidente que me ocurrió ayer, cuando me corté un dedo, hay dos elementos que aparecen en mi memoria: en primer lugar, la serie de acontecimientos que produjeron el dolor, como el manejo erróneo del cuchillo, el corte, la aparición de la sangre, la reacción sensible del cerebro, el gesto de la mano, etc. En segundo lugar, la sensación causada por el dolor.

A medida que transcurren los días, las causas del dolor retroceden hacia la periferia de la conciencia, mientras que los efectos, es decir, el dolor mismo, permanecen en el centro. A continuación, el recuerdo mismo del dolor retrocede hacia el fondo, por lo que ya no guardamos un recuerdo directo del acontecimiento, sino un recuerdo indirecto, como una especie de tendencia, que se expresa en el mayor cuidado que llevamos al manejar instrumentos cortantes.

Este proceso se desarrolla continuamente: la causa se olvida poco a poco por cuanto se la puede evocar en la mente subconsciente, bajo la influencia de la hipnosis, mientras que el efecto permanece, transformándose en una tendencia adquirida.

En este proceso encontramos la ayuda de nuestro cerebro. Podemos considerar el cerebro como una registradora de los recuerdos, pero su función más eficaz consiste precisamente en eliminar los registros mnemónicos que ya han sucedido; así pues, el cerebro tiene una doble función, la de registrar y la de olvidar.

Nuestra vida sería imposible si no tuviéramos la capacidad para olvidar. Si cada vez que tratamos de mover

una extremidad tuviéramos que recordar todos los esfuerzos que hicimos de niños para realizar ese mismo movimiento, junto con la excitación y las dudas, y también con el sufrimiento que eso implicó en aquellos momentos, nuestra conciencia se encontraría tan sobrecargada de recuerdos, que el necesario movimiento de esa extremidad se vería considerablemente retrasado e incluso impedido.

Lo mismo podríamos decir con respecto a cualquier otra función que ahora realizamos de forma automática, pero que en su momento fue algo que adquirimos conscientemente.

Ello se debe, precisamente, al hecho de que olvidamos el proceso de la adquisición, a pesar de lo cual utilizamos la facultad que hemos adquirido.

Ese proceso se produce continuamente en la conciencia de todos y cada uno de nosotros.

Se produce, en otros términos, un proceso de transmutación, como cuando se cambian las monedas de cobre por las de plata, del mismo valor pero de menor peso; éstas se pueden cambiar a su vez por billetes de banco que representan precisamente su valor, o bien por un trozo de papel en forma de pagaré, cuyo valor intrínseco es nulo. En tal caso, basta firmar el pagaré para que se ponga en funcionamiento todo el mecanismo del cambio.

Pues bien, con nuestros recuerdos de las sensaciones, los sentimientos y los pensamientos se produce un proceso similar. Estos se guardan en categorías y se transforman en placeres y desagradados (en inclinaciones y aversiones), y finalmente en talentos o facultades.

Ahora sabemos que cuando manifestamos un placer

(inclinación) o un desagrado (aversión), para cada una de esas cosas con las que expresamos cualquier actitud especial, no hacemos otra cosa que *recordar nuestro pasado*, a pesar de que no recordamos los detalles de la experiencia que generó, en un principio, la emoción o la facultad.

Mientras escribo estas palabras sobre la página, debo recordar algunos otros tiempos en los que me encontré por primera vez con cada una de las palabras en los libros de lectura, y descubrí su significado en algún diccionario, cuando aprendí las lecciones escolásticas. Ahora, en cambio, utilizo esos recuerdos transformados.

En efecto, recordamos continuamente, y si no fuera por esos recuerdos acumulados en alguna parte de mi conciencia (ya sea en las células cerebrales o en cualquier otro lugar, eso no viene ahora al caso), ni siquiera estaría en disposición de conocer la palabra apropiada para expresar mi pensamiento o incluso para escribirla de modo que el tipógrafo pudiera reconocer las letras para componer la misma palabra. Por otro lado, se ha observado el hecho de que olvidamos efectivamente las causas una a una; sería una verdadera locura si, cuando escribo una palabra, tuviera que recordar cuándo la vi por primera vez. El cerebro es un instrumento de registro de tal calibre que no obedece a la conciencia cuando deseamos remontarnos al origen de los acontecimientos, excepto en algunos casos particulares.

El deseo de recordar no va necesariamente seguido por recuerdos relativos, y eso es un hecho que debemos aceptar tal cual es. Bergson ha demostrado bastante apropiadamente que «pensamos únicamente con una pequeña parte del pasado, mientras que deseamos, quere-

mos y actuamos con todo nuestro pasado y con el impulso original de nuestra alma».

Está claro, que sería inútil tratar de recordar nuestras vidas pasadas con el simple ejercicio de la mente; a pesar de que el pensamiento puede recordar cualquier cosa del pasado, eso no es más que una fracción del todo.

Por otro lado, basta sentir y actuar para descubrir que nuestros sentimientos o acciones no son más que el resultado del pasado que convergen en nuestra individualidad actual.

Por esta razón, si queremos localizar los recuerdos de nuestras vidas pasadas y llevarlos a nuestra conciencia actual, en estado normal, debemos observar cómo sentimos y cómo actuamos, ya que bien poco podremos recordar simplemente con el esfuerzo mental.

Así pues, cada uno de nuestros sentimientos o acciones pueden ayudarnos a encontrar la pista de sus componentes que forman las expresiones exteriores y las reacciones interiores. Eso mismo puede decirse de cada uno de nosotros y por ello podemos reconstruir también el pasado de los otros observando cómo sienten y actúan, siempre y cuando lo hagamos de forma común.

Pero si el otro manifiesta un modo de sentir o de pensar no común, ese modo se hace incomprensible para nosotros y por ello necesitamos de las explicaciones, para comprenderlo. Los sentimientos y pensamientos comunes se pueden explicar con facilidad cuando son el resultado de experiencias comunes, mientras que los sentimientos y acciones no comunes exigen de las explicaciones, ya que tienen causas completamente insólitas para nosotros.

Si el autor de estas líneas, siendo de origen indio, pronunciara una conferencia en inglés, hallándose en la India, donde son muchos los que hablan inglés, el público asistente podría estar seguro de que había asistido a una escuela y a la universidad, sin necesidad de averiguar posteriormente cuándo o dónde ocurrió eso.

Si, en cambio, esta persona hablara español, los asistentes a la conferencia tendrían curiosidad por saber cómo y cuándo adquirió la capacidad para hablar en español.

Por otro lado, si entre el público asistente a la conferencia hubiera un español, comprendería, a partir del modo de hablar y del tono, que el conferenciante habría tenido que vivir en España, o haber pasado algún tiempo entre españoles.

Así pues, podemos concluir diciendo que cada vez que se produce la manifestación de sentimientos o de acciones, así como de ciertas expresiones del pensamiento, que revelen la cualidad de una especialización, debemos llegar a la conclusión de que tal facultad se ha adquirido gradualmente por medio de la experiencia, y que es el resultado de experimentos o intentos realizados en una dirección en particular.

Ahora bien, cada uno de nosotros posee muchas cualidades comunes y algunas cualidades especializadas. Las primeras, naturalmente, se deben a las experiencias que son comunes a todos.

Examinemos, por ejemplo, algunas de las facultades especializadas y tratemos de ver si podemos atribuir las a una hipótesis distinta a la de la reencarnación.

Aquello que caracteriza principalmente a los seres humanos son las cosas que les agradan (inclinaciones) o desagradan (aversiones). A veces, estas pueden ser razonables, es decir, propias de un tipo de individuo, que las posee normalmente en el grado de evolución en que se encuentra. Consideramos como normales las cosas que nos agradan y desagradan cuando podemos experimentarlas como tales dentro de las mismas condiciones.

Examinemos, por ejemplo, un caso excepcional, como el que suele definirse como «enamorarse a primera vista». Dos personas se encuentran en circunstancias aparentemente fortuitas, a veces procedentes de dos partes extremas del mundo. Ninguna de las dos conoce la existencia de la otra; entonces se manifiesta el extraño fenómeno por medio del cual se reconocen recíprocamente.

La vida sería verdaderamente feliz si pudiéramos sentir un afecto profundo por todas aquellas personas con las que nos encontramos; sabemos, sin embargo, que eso no es posible si no existe previamente ese mismo sentimiento en nuestra naturaleza. Entonces, ¿por qué pertenece a nuestra naturaleza el «enamorarnos» de una persona determinada?

¿Por qué estamos dispuestos a sacrificarlo todo por esa persona a la que hemos encontrado pocas veces, al menos en la vida actual?

¿Cómo se produce esa situación en la que parecemos conocer el funcionamiento íntimo de su corazón y de su cerebro, a pesar de los pocos indicios que revelan nuestras primeras relaciones convencionales?

El hecho de «enamorarse» constituye, en efecto, un fenómeno psicológico misterioso, pero el proceso po-

dría describirse mucho mejor como un *impulso de amor*, debido al cual el individuo casi se ve obligado a obedecerlo, sin poderse resistir.

Existen por lo menos dos explicaciones lógicas posibles: una sería aquella según la cual se trataría de *libertinaje*, es decir, de una forma de histeria y de demencia incipiente, debida tal vez a complejos psíquicos; la otra, en cambio, indicaría que este profundo sentimiento de un individuo por el otro no representaría más que un nuevo encuentro, el último de otros muchos, ya que precisamente esos otros muchos se habrían producido en las vidas pasadas.

Dónde y cuándo tuvieron lugar esos encuentros, es algo que tiene muy poca importancia para los amantes.

Rudyard Kipling, en su libro *La historia más hermosa del mundo*, dice que los dioses nos hicieron beber en el *río del olvido*, antes de dejarnos regresar a la Tierra, precisamente para procurarnos la divina sensación de enamorarnos de la persona amada.

El punto principal que debemos observar en este estado emocional, el de estar enamorado, es que la amistad no surge, por así decirlo, sino que es continua, porque en el comportamiento psicológico de los dos amantes se expresa el recuerdo que ha permanecido de las existencias pasadas, en las que se encontraron, amaron y se sacrificaron el uno por el otro.

Un ejemplo no muy distinto del apego común, que tiene su expresión más intensa en el enamorarse, es el de la aversión recíproca común, algo que no resulta tan raro encontrar en la experiencia de los seres humanos. Hay algunas aversiones normales que pueden ser expli-

casas con facilidad, pero tomemos, por ejemplo, a dos individuos que se encuentran por primera vez, que nunca se han conocido, ni tan siquiera de vista, pero que, al encontrarse, experimentan un fenómeno de aversión recíproca, no debida a ninguna clase de gesto exterior, sino al sentimiento interior y a la intuición.

Lo más extraño de todos los casos de aversión es que no se trata de ningún sentimiento personal, es decir, que no se experimenta una violenta sensación de «no te amo», sino que se trata más bien de un estado de conciencia mental impersonal, en el que no se manifiesta casi ningún sentimiento y que podría expresarse con las palabras: «Es mejor no tener nada que ver con esta persona».

En ocasiones, queremos seguir de inmediato esta intuición, pero en seguida la consideramos como una descortesía, y luego tratamos de comprender con la mente a esta nueva persona a la que hemos conocido. Otras veces, sucede que la persona comienza a gustarnos, y hasta empezamos a amarla. En tal caso hemos olvidado nuestra *primera impresión*, o bien la hemos rechazado por considerarla como un impulso irracional.

Hay que considerar, efectivamente, que muchas aversiones se deben puramente a impulsos irracionales, pero que también hay casos en que los acontecimientos que ocurren con posterioridad demuestran que en un principio no se trataba tanto de un impulso, sino de una *intuición* muy exacta.

Puede suceder que, a pesar de muchos años de relaciones amistosas, nuestro amigo nos propine un golpe mortal por la espalda, de una forma imprevista y sin ninguna razón; entonces, sumidos en el dolor de la hu-

millación padecida, recordamos aquella primera impresión que tuvimos de esa persona, y habríamos querido hacerle caso.

¿De dónde surge, pues, esa primera impresión?

La reencarnación ofrece una solución; eso podemos explicarlo con el hecho de que, en las vidas pasadas, la misma persona, nos ha producido un gran disgusto, y el recuerdo de ese hecho relampaguea en la mente como una intuición en cuanto se produce el primer contacto con esa misma persona.

Más característicos son aquellos casos en los que se producen al mismo tiempo apego y aversión, amor y resentimiento. Recuerdo a una señora que describió muy bien su actitud en los enfrentamientos con el amigo al que se sentía profundamente apegada: «Le amo, pero al mismo tiempo lo desprecio».

Cuántas mujeres actuales repiten las mismas palabras con respecto a sus maridos, y cuántos maridos dicen lo mismo de sus mujeres.

¿Por qué surge esta confusión incomprensible de sentimientos contradictorios?

La pista que nos permite dilucidar esta confusión fue expresada eficazmente por W. E. Henley en su poema. En él narra cómo el protagonista ve a una hermosa joven en los templos de Babilonia, y la toma y la abandona sucesivamente. A pesar de todo, ella seguía amándolo, aunque, después del tratamiento de que era objeto, tan desgarrador para el corazón, terminó por suicidarse.

Es natural, pues, que la joven muriera con un sentimiento de amor y de resentimiento hacia la misma persona y, como quiera que aquello que sembramos es lo

que cosechamos, ambos personajes se encontraron al renacer con el resultado de las causas pasadas, bajo la forma de apego emocional.

En esta nueva ocasión, el hombre ama otra vez a la deseada; ella, a su vez, corresponde a su amor, pero ahora no quiere ceder a los deseos del hombre, a causa del oscuro y triste recuerdo de su vida pasada.

Por eso, el amante exclama:

*Tu orgullo, que yo desdeñé, ahora me quebranta y
hasta me desdeña...*

*El antiguo resentimiento es tenaz, como la muerte.
Me amas, pero te contienes;
el corazón se me rompe por la áspera perfidia,
y en vano late en mi pecho...*

Henley, en su visión poética, vislumbra que esa clase de situaciones no pueden mantenerse para siempre, por lo que debe llegar el día en que haya entre los dos verdadero amor y comprensión.

El poema acaba narrando cómo el antiguo orgullo se transforma en la resignación del presente, en el recuerdo del bien pasado, que no debe ser despreciado.

*En el más allá de la tumba, el hecho cometido,
no hubiera querido consumarlo,
cuando fui un rey de Babilonia
y tú una virgen esclava.*

Sólo puede llegarse a una conclusión, la que encontramos en la narración de los hechos; pero ésta exige un universo en el que esté el uno al que se ama, donde:

*Los senderos terminan
allí donde se encuentran los amantes,
allí donde está el hijo de todo sabio.*

Hasta aquí hemos considerado las manifestaciones de la naturaleza emotiva del individuo y por ello es evidente que, a partir de las propias experiencias se pueden juzgar y comprender las emociones de los demás, naturalmente en la medida en que tales emociones sean, en general, similares a las que hemos conocido nosotros.

Pero ¿qué podemos decir de aquellas personas que comprenden perfectamente tales experiencias sin haberlas llegado a vivir nunca?

Shakespeare, por ejemplo, comprende profundamente el desgaste del corazón y de la mente de la mujer, así como el complicado proceso mental del traidor; Dickens, a su vez, comprende perfectamente lo que siente un homicida después de haber cometido su delito.

Hay, por otra parte, personas *iluminadas* que, cuando experimentan emociones, las generalizan, considerándolas también como extensibles a los demás, mientras que hay otros, no tan iluminados, que a pesar de haber sido golpeados ya una vez, no evitan por segunda vez el peligro ni llegan a ser apreciablemente más sabios por el hecho de haber pasado varias veces por la misma experiencia.

El *iluminado* trata de descubrir la cualidad universal en toda experiencia singular y, de ese modo, puede anticipar el resultado de experiencias de naturaleza afín, tanto para sí mismo como para los demás; es capaz de catalogar sus experiencias reduciéndolas a fórmulas al-

gebraicas, en cada una de las cuales comprende, mediante una definición general, todos los casos particulares. Sus pensamientos y sentimientos son como los de los aforismos, que transforman todas las experiencias en una única y gran experiencia.

La facultad de generalizar las definiciones extraídas de las emociones individuales, constituye una cualidad rara, tanto como la de formular una filosofía a partir de los pensamientos particulares que nos hayamos formado sobre las cosas.

La generalización de las emociones particulares es típica del poeta, y cuanto más universales sean sus generalizaciones, tanto más grande puede ser considerado el poeta.

¿Por qué, entonces, surge aquí y allá un individuo que posee la maravillosa capacidad de ver a los hombres como representantes de tipos, y las emociones particulares como expresiones de emociones universales? De un hombre así solemos decir que es un genio, pero la palabra genio describe el hecho, no lo explica.

Hay genios en todos los sectores de la vida, en la religión, en la poesía, en el arte, en la música, en la política, en el teatro, en la estrategia, en el comercio y en otros aspectos de la vida.

Esos genios se caracterizan por poseer numerosas cualidades *anormales*, son hombres del futuro, y no de su tiempo; cada genio es un legislador para las generaciones futuras en su ámbito concreto de actividad pero, sobretudo, el genio vive emocional y mentalmente a base de amplias generalizaciones.

¿De dónde proviene esta maravillosa capacidad?

Se trata de explicarlo acudiendo a las leyes de la he-

rencia. Pero, ciertamente, no sabemos hasta qué punto queda el genio explicado por la herencia.

Según la teoría comúnmente aceptada de la herencia, cada generación añade alguna cosa a la calidad alcanzada por las generaciones precedentes, y ésta transmite a las sucesivas todo aquello que ha acumulado en el pasado; las generaciones sucesivas transmiten a su vez a la siguiente generación todo aquello que han recibido, además de su propia contribución, y de ese modo se pasa de una generación a otra, hasta que llegamos a una generación en particular, y a un individuo concreto de la misma, en el que la cualidad especial se concentra de un modo misterioso y el individuo se manifiesta como un genio.

Según esta teoría popular, cualquier antepasado de Shakespeare poseería un rasgo de su genio, que transmitió a sus descendientes por medio de la herencia; estos descendientes, habiendo mantenido intacto lo que les habían transmitido sus progenitores, añadieron su propia experiencia y luego transmitieron una y otra a sus descendientes, y así sucesivamente a las generaciones siguientes, cada una de las cuales atesoraría las experiencias de las generaciones pasadas y añadiría algo propio antes de transmitirlo a las generaciones posteriores.

Entendido de ese modo, la individualidad de Shakespeare sería como un torrente contenido por un dique, que se va hinchando gradualmente hasta que se rompen los diques cuando la presión de las aguas supera el límite de resistencia.

Este concepto de la herencia se basa en la hipótesis de que todo aquello que el individuo adquiere en el uso

de sus facultades, como resultado de la adaptación al ambiente, acaba siendo transmitido a los descendientes.

Esta es la conclusión a la que ha llegado la escuela darwinista de biología, al analizar aquello que sucede en la naturaleza.

En el transcurso de los últimos años, la investigación biológica se ha dirigido en buena medida a tratar de demostrar la validez de la teoría de la transmisión de las características adquiridas; pero no sólo no se ha descubierto ni un solo caso cierto sino que, antes al contrario, todos los experimentos realizados a base de cruces y crias han acumulado las pruebas necesarias para demostrar exactamente lo contrario.

La escuela biológica de Mendel ha llegado por su parte a conclusiones sobre la herencia que no sólo son nuevas, sino asombrosas.

Según esta escuela, *las características estructurales, de las que dependen las capacidades mentales y morales del individuo, existen plenamente en todos los antepasados*; así, todas las características estructurales tuvieron que haber estado presentes en el polvillo primordial de la materia viva. Ninguna de ellas ha sido añadida por la evolución a este polvillo original y a sus potencialidades protoplasmáticas.

Todo genio existía ya potencialmente, tanto los que ha conocido el mundo, como los que conocerá en el futuro, por cuanto que deben esperarse millones de años antes de que surjan los hechos genéticos apropiados, a fin de que pueda aparecer ese genio sobre el escenario de la evolución.

La naturaleza no ha desarrollado la compleja estruc-

tura del cerebro de Shakespeare a partir de los cerebros rudimentarios de los mamíferos, puesto que esa complejidad ya existía en cada célula protoplasmática.

La naturaleza no ha evolucionado para dar lugar al genio, sino que más bien lo ha liberado de las cepas envueltas del protoplasma primordial, eliminando, una generación tras otra, los factores genéticos que impedían la expresión de su manifestación típica.

Bateson resume esta teoría moderna al decir:

«Opino que la cualidad artística de la humanidad se demostrará como debida no ya en cualquier cosa que se añada a la formación de un hombre común, sino más bien en la eliminación de aquellos factores que inhiben, en la persona normal, el desarrollo de esas mismas cualidades.

»Es casi seguro que podemos considerarlas como liberaciones de poderes que normalmente son inhibidos.

»El instrumento existe, pero se ve impedido de actuar.»

(Discurso presidencial pronunciado ante la Asociación Británica de la Ciencia, 1914.)

Sólo el tiempo demostrará hasta qué punto se tendrán que modificar las concepciones de Mendel a medida que se realicen nuevos descubrimientos, pero lo cierto es que la concepción darwinista de la herencia es insostenible, cuando se llega a la conclusión de que *el genio debe bien poco a los logros intelectuales y emocionales de sus antepasados.*

A pesar de todo, y aun admitiendo, con los mendelianos, que el genio es liberado de los obstáculos que re-

presentan los factores inhibidores y que no es, por tanto, el resultado de una lenta acumulación, seguimos sin resolver el misterio, es decir, la explicación de la capacidad sintética del genio.

No obstante, nos encontramos más cerca de la comprensión de la naturaleza del genio a partir de Mendel que de Darwin.

Las teorías científicas se refieren sobre todo a cuáles son las condiciones en las que se manifiesta el genio en un caso, o no se manifiesta en el otro.

La única teoría racional que explica al genio y que admite los hechos científicos sobre la herencia del genio es precisamente la de la *reencarnación*.

Si admitimos que el individuo es un *alma*, y que ésta es un ente en *evolución e inmortal* que se manifiesta por medio de un cuerpo apropiado a la fase de desarrollo en que se encuentra, y a la tarea que debe desarrollar en ese cuerpo, resulta evidente que los atributos emotivos y mentales no son más que los resultados de experiencias modificadoras vividas en las existencias pasadas.

Pero dado el hecho de que éstas deben expresarse sobre todo por medio de un cuerpo y de un cerebro adaptado, éste debe poseer las características que la propia naturaleza ha seleccionado paralelamente con la herencia para alcanzar así el fin preestablecido.

Así pues, la manifestación de toda capacidad superior depende de dos factores indispensables: por un lado, la existencia de un ente o conciencia que haya desarrollado aquella capacidad por medio de experiencias repetidas en el pasado, y por el otro de la existencia de un instrumento adaptado, es decir, de un cuerpo físico cuya

naturaleza estructural haga posible la expresión de la misma capacidad.

Pero si consideramos la cualidad del genio que posee un cuerpo modelado por tales factores genéticos que inhiben su genialidad, ésta se mantendrá en estado potencial, por decirlo al modo de Bateson, y se verá impedida la expresión de su genialidad. Por otro lado, si la naturaleza produjera miles de cuerpos adaptados, no tendríamos por ello miles de genios. Por eso, tienen que converger en un solo punto dos corrientes evolutivas antes de que pueda manifestarse cualquier cualidad que no sea puramente funcional.

La primera exige la evolución de una conciencia indestructible, que experimenta la vida continuamente y que se especializa lentamente; la segunda, a su vez, exige la evolución de la estructura física, seleccionada por la herencia, para responder a los estímulos interiores particulares.

Si armados con esta premisa, derivada de lo que sucede en la naturaleza, examinamos a los diversos genios que ha producido el mundo, descubriremos que éstos no hacen otra cosa que recordar su existencia pasada al mismo tiempo que manifiestan su genialidad.

Examinemos, por ejemplo, un genio como el del joven violinista Mischa Elman, que comenzó hace varios años su carrera musical; en aquel entonces no era más que un niño, aunque ya manifestaba una técnica maravillosa.

De acuerdo con la teoría de Mendel podríamos atribuir legítimamente su capacidad técnica a una rara convergencia de factores genéticos, a pesar de que ninguna teoría de la herencia física puede explicar aquello que

más sorprende a los más grandes críticos de la música, es decir, su interpretación particular de la música que suena.

Es propio de esta interpretación que el amante de la música pueda vislumbrar el alma del ejecutante, es decir, si se trata de un alma grande o pequeña, si el ejecutante percibe la vida superficialmente o en profundidad. La interpretación de Mischa Elman era absolutamente espontánea, y no una imitación de ningún maestro, es decir, la propia de un hombre, y no la de un muchacho. No es, pues, sorprendente, que muchos críticos se sintieran azorados, como por ejemplo el del *Daily Telegraph*, de Londres, que dijo:

«La lluvia caía rumorosamente sobre el tejado y el tono perturbaba el aria, pero Mischa Elman, con calma, seguía interpretando las partituras de Paganini, Bach y Wieniawsky. Su palabra era tranquila, no altiva. Ya hemos visto en otras ocasiones a niños prodigio en nuestros escenarios, pero los otros eran "altivos". Mischa Elman, en cambio, no es ni lo uno ni lo otro. Mientras mueve el arco, una gran paz se extiende a todo su alrededor y, de vez en cuando, apoya un poco más el mentón sobre el instrumento, como para acogerse al impulso de sus vibraciones o como para comunicarle el ritmo de su propia alma».

Aceptando la teoría de la reencarnación, y suponiendo que Mischa Elman es un alma que en vidas pasadas ascendió al vértice supremo y por eso conectó con la profundidad de la vida humana, encontraremos una explicación razonable de su genialidad. En cada una de

sus interpretaciones se refleja la suma de todas sus experiencias pasadas y, por eso, las alegrías y dolores de los hombres que él mismo experimentó en sus existencias pasadas y de las que conserva recuerdos relativos en las generalizaciones emotivas e intelectuales.

Esta explicación viene confirmada por la ciencia, puesto que la teoría de la reencarnación del genio implica, para el alma musical, la necesidad de que exista un cuerpo particularmente adaptado y convergente con la herencia musical, seleccionado por la evolución y formado por factores genéticos apropiados.

Sólo la reencarnación explica la existencia de otro genio, algo que para cualquier otra teoría sigue siendo un enigma.

Keats destaca en la poesía inglesa como el poeta más griego de los ingleses. Poseía, como un don natural, ese sentimiento único de la vida que constituye el tesoro del temperamento helenístico.

Si él hubiera sido un estudioso del griego y versado en las tradiciones de la cultura griega, podríamos considerar que esa *anima naturaliter Graeca* de Keats no era griega.

Pero si tenemos en cuenta que Keats sabía poco de latín y mucho menos de griego, y que inició su carrera como cirujano, no podemos dejar de sorprendernos al comprobar que no canta como un poeta cristiano, sino como un pastor griego, nacido en las laderas del Etna.

El estupor desaparece si admitimos que Keats fue la reencarnación de un poeta griego y que no hizo otra cosa sino recordar su existencia pasada, cuando pensaba y sentía a la manera de los griegos.

Siguiendo el camino de la reencarnación, resulta in-

interesante constatar como, en un análisis general, estamos en disposición de decir dónde vivió un individuo en el pasado.

En la cultura de Europa y de América encontramos tres corrientes principales de retorno, la de Roma, la de Grecia y la de la India. Cualquiera que haya estudiado las instituciones romanas y el concepto romano de la vida no tendrá dificultad en constatar hasta qué punto es el temperamento inglés afin al de la antigua Roma, aunque bajo el aspecto de la modernidad. Los escritos históricos de Gibbon, Macaulay y Hume son prácticamente idénticos a los escritos de los historiadores romanos Sallustio, Tácito y Livio, respectivamente.

Por otro lado, si examinamos a los historiadores franceses, no encontraremos el temperamento romano, sino algo bastante más afin al griego. La ecuación Tennyson igual a Virgilio no es inexacta por aquello que conocemos de ambos poetas.

El regreso al espíritu de Grecia podemos detectarlo claramente en escritores como Goethe, Schiller y Lessing. ¿Por qué otra razón habrían proclamado estos escritores en Alemania el «regreso a Grecia», con un entusiasmo indescriptible, si no hubieran visto en sus existencias pasadas aquello que la cultura helenística guardaba aún para los hombres?

¿Qué puede ser el entusiasmo sino el impulso del alma hacia la experiencia, y la alegría que ya se experimentó en otro tiempo y de la que ahora se reconoce su llamada?

Los hombres entusiastas, pioneros del futuro, no son del todo burlas de la naturaleza, sino que debemos considerarlos como almas reencarnadas que recuerdan en su

entusiasmo las existencias pasadas; y tampoco son excepciones, sino los primeros frutos de una gloriosa humanidad que debe surgir.

Todo aquel que haya estudiado a los filósofos indios reconoce a los antiguos *vedanti* en los nombres de Kant, Fichte y Hegel, y a un filósofo budista en Schopenhauer. Todos regresaron a sus filosofías de la existencia pasada, aunque expresando sus convicciones de una forma siempre más brillante.

Cada vez que los aspectos más profundos del ser humano se manifiestan en el mundo en cualquier creación, ya sea de la filosofía, de la literatura, del arte o de la ciencia, podemos observar la tendencia que encuentra su origen en las existencias del pasado.

El despliegue de la vida del hombre no se proyecta y se desarrolla en unos pocos y breves años que se inician con su nacimiento, y quien conoce la ley de la reencarnación puede descubrir con relativa facilidad dónde se compusieron las diversas partes del desfile de acontecimientos que constituyen la vida humana.

La reencarnación, puesto que afecta a una gran masa de individuos, constituiría un estudio fascinante para quienes tuvieran la agudeza histórica para llevarlo a cabo.

He dicho anteriormente que la raza inglesa es, en gran parte, una reencarnación de la de la antigua Roma; pero aquí y allá vemos rastros puros de los griegos, como en Byron, Ruskin, Matthew, Arnold y aquellos hombres y mujeres ingleses que tuvieron el sentido helénico de la vida y que se sintieron oprimidos por las

tradiciones inglesas, como si fueran extranjeros en un país extranjero.

Un griego renacido, al margen de donde haya nacido, trasladado a la Italia meridional o a Grecia, empieza en seguida a recordar su existencia pasada, con la familiaridad instintiva con la que percibirá el espíritu nacido en el árbol, en el lago o en la colina.

Sentirá como ningún otro, excepto el griego, una gran alegría a la vista del sol, de los naranjos, de los viñedos y las cascadas de agua que en Grecia transmiten el mensaje de la naturaleza como en ningún otro país del mundo.

Otros, que vivieron su última existencia en épocas medievales, en cualquier parte de Europa, ya fuera en Italia, en España o en Alemania, al visitar estos países sentirán una extraña familiaridad con las cosas que observarán en ellos. Comprenderán, de un modo extraño, la vida de aquellas gentes y las razones de las cosas.

Para unos pocos, este sentido misterioso del recuerdo puede manifestarse con mucha mayor fuerza en Egipto, en la India o en Japón; pero podemos afirmar que *cada vez que tenemos una comprensión intuitiva de un pueblo extranjero, vislumbramos uno de los modos de recordar nuestras existencias pasadas.*

En la actitud intelectual típica de los franceses vislumbramos la reencarnación de aquello que se desarrolló en la Grecia antigua.

La claridad intelectual de los franceses, y su agudeza sin prejuicios para ver las cosas como son (ya sea en el aspecto material o en cualquier otro), son típicamente helénicos. Acaso podríamos conocer la vida de los feni-

cios mucho mejor que de cualquier otro modo si estudiáramos a los fenicios renacidos en la Alemania actual.

La rivalidad comercial entre Inglaterra y Alemania por el dominio de los mercados occidentales no constituye más que el regreso de la antigua rivalidad entre Roma y Cartago por el dominio de los mercados mediterráneos. La irrupción de su *ego* helenístico resulta evidente incluso en Estados Unidos. En la costa del Pacífico, en particular, se observa a numerosos hombres y mujeres que tienen un temperamento griego, del período anterior a Pericles, como también demuestran a menudo sus antepasados, los puritanos de Nueva Inglaterra.

En Estados Unidos descubrimos a los sofistas griegos en toda la plenitud de «pensamiento nuevo» que en ese país hace brotar a escritores nuevos casi cada mes que pasa. En ellos detectamos las mismas características que los sofistas helenísticos, a los que tanto acusaba Platón; poseían muy buen sentido, ideas útiles, sentido de la independencia con respecto a las tradiciones, confianza sin límites en la propia panacea y en la difusión de su mensaje espiritual.

La ausencia de distinción mental entre el sofismo y la cordura, como sucedía en Grecia, regresa ahora, en el siglo veinte, como una confusión entre el nuevo pensamiento y la vida divina con respecto a la verdadera vida del espíritu.

No obstante, cabe esperar que del mismo modo que los sofistas antiguos aportaron la Edad de Oro en la antigua Grecia, el «nuevo pensamiento» sea ahora el precursor del pensamiento verdadero que alberga y que no es ni antiguo ni moderno.

En la India actual encontramos a muchos que no son

en realidad hindúes, aunque es cierto que la mayoría de los hindúes modernos no parece que hayan estado en otra tierra en su existencia precedente; a pesar de todo, descubrimos aquí y allá a hombres y mujeres para quienes no tienen sentido las sacrosantas instituciones ortodoxas, y que asimilan con avidez las ideas occidentales de progreso. Muchas de esas personas son ingleses que han vuelto a reencarnarse y por eso es explicable la mentalidad que muestran ahora.

Pero también encontramos a personas que nunca han abandonado la India, que fueron educadas en la ortodoxia más severa y que incluso combaten con entusiasmo en favor del modo extranjero de pensar, lo que indica, ciertamente, que debe de tratarse de europeos reencarnados que proceden de Grecia o de Roma, o de cualquier otro país de occidente.

No debemos olvidar llamar la atención sobre el *ego* de Grecia, que regresó a Europa para inaugurar el siglo del arte.

A quienes conozcan la escultura y la arquitectura griegas no les será difícil descubrir artistas griegos reencarnados en los grandes maestros italianos de la pintura y de la arquitectura.

El culto no es el de Palladio y el de los dioses, sino el culto de la Virgen María y de los santos, que coronaron con aureolas celestes.

¿De dónde obtuvieron los maestros italianos la seguridad del trazo sino en la pasada existencia en Grecia? Es realmente asombroso el hecho de que los romanos, que fueron excelentes retratistas, se hayan reencarnado en los pintores retratistas ingleses: Gainsborough, Reynolds, Lawrence y otros.

Podemos recordar incluso a aquellos griegos que inundaron Inglaterra, en los templos de la reina Isabel: Marlowe, Beaumont, Flechter, Peele, Johnson y otros, que eran paganos hábilmente camuflados entre la forma inglesa de su tiempo. Ellos sentían la vida de una forma que no era inglesa; ellos fueron los primeros en percibir y luego en expresar en pensamientos sus propios sentimientos.

Un griego sigue siendo un griego, al margen de la lengua que hable, y no puede dejar de reconocerse su sello en la literatura y en el arte.

Una fuerte impresión causada sobre la conciencia de la existencia pasada aparece a menudo en la actual con un extraño modo de sentir.

A veces, se manifiesta con el terror de los animales arrastrados por el fuego o por las heridas; estas fobias pueden explicarse de este modo, del mismo modo que pueden explicarse algunas degradaciones subconscientes de la vida actual.

En los casos en que existan tales hechos en el subconsciente de la vida presente, no cabe la menor duda que se deben a una muerte violenta experimentada en la existencia pasada.

Los efectos póstumos aparecen bajo la forma de un terror incontrolable o incluso de una incomodidad en presencia de los mismos objetos que causaron la conmoción.

Más extraño todavía es el comportamiento de un individuo en el respeto que tiene por otro, y que viene determinado por la vida anterior.

Se observa con frecuencia el extraño caso de una niña de diez o doce años que cuida de su propia madre con una actitud maternal, como si las posiciones estuvieran invertidas, y como si la niña tuviera el respeto de la madre.

Un hecho de naturaleza psicológica más profunda se da cuando una mujer se casa con un hombre que la hace sufrir, mientras que ella demuestra una gran piedad por él, no como si se tratase del marido, sino de su propio hijo.

En este caso descubrimos una reminiscencia de la vida en la que él era efectivamente su hijo y se manifestó su mejor naturaleza cuando ella mantuvo con él esa clase de relaciones materno-filiales.

Encontramos también una reminiscencia de la existencia pasada cuando se produce un cambio del sexo del cuerpo. En occidente, sobre todo, se observa una distinción más marcada en el temperamento entre los dos sexos que en oriente; se produce así el caso de la niña que no quiere jugar con muñecas, sino que prefiere jugar con los niños; se trata, en efecto, de un ego que ha asumido un cuerpo del sexo opuesto al que había estado habituado en las vidas pasadas.

A muchas jóvenes les disgustan los vestidos, y transcurren muchos años antes de que se decidan a llevarlos. Hay mujeres cuyo mismo rostro y su modo de comportarse parecen revelar de un modo bastante visible su última encarnación masculina. Algo similar puede observarse también en ciertos hombres, que recuerdan en su existencia actual los restos de sus costumbres habituales de pensamiento y de sentimiento, cuando vivieron en cuerpos femeninos.

Teniendo en cuenta los numerosos enigmas psicoló-

gicos que he enumerado, se demuestra con suficiente claridad que la gente recuerda bastante sus propias existencias pasadas. Naturalmente, su recuerdo es indirecto y se manifiesta como hábito, actitud o modo de comportarse; en cualquier caso, ello se debe al recuerdo subconsciente de la existencia pasada.

Es bastante natural que una gran parte de las personas que tienden a aceptar la teoría de la reencarnación como un hecho real, se pregunten: «Pero ¿por qué no recordamos por completo los hechos?».

Ante esta pregunta se puede responder que es mucho mejor no recordar directa o completamente, al menos hasta el momento en que esos recuerdos puedan ser soportados. Así, no mostramos tendencia a recordar hasta que no estamos en disposición de ser influidos por los recuerdos del pasado.

Allí donde, por ejemplo, se tiene el recuerdo de un acontecimiento doloroso, el pasado ejerce no sólo influencia sobre nuestro presente, sino también, y hasta cierto punto, sobre nuestro futuro. Ambos pueden producirse de una forma nociva y, por esa razón, nuestros caracteres se verían debilitados, y no reforzados, por los recuerdos del pasado, a menos que nos encontremos ya más allá de la esfera de influencia del pasado.

Examinemos un ejemplo típico: supongamos que un hombre se suicidó en la vida pasada como el medio más fácil para desprenderse de las dificultades.

Al morir de tal modo conservará en su mente una sensación de gran sufrimiento y, particularmente, le faltará por completo la confianza en su capacidad para dominar las tempestades de la vida.

En cualquier caso, el suicidio no pone fin a los sufrimientos ya que, después de la muerte, tendrá que continuar durante algún tiempo sufriendo, incluso más agudamente, hasta que el dolor se vaya agotando gradualmente.

Así pues, experimentará una purificación por medio de su gran sufrimiento y, al final, tendrá una visión mucho más aguda y demostrará una reacción mucho más ágil a los estímulos de su naturaleza más elevada.

Luego, al renacer, poseerá una conciencia más robusta como resultado de los sufrimientos padecidos, pero siempre conservará la falta de confianza en su capacidad, puesto que fue nula y sólo la ha alcanzado después de la muerte para terminar por modificar aquella idea. Por lo tanto, la confianza en sí mismo se consigue dominando las circunstancias, y precisamente por esa razón se reencarna.

Antes o después deberá afrontar una situación totalmente similar a aquella en la que falló la ocasión anterior.

Puesto que las dificultades empezaran a asediarte de nuevo, se repetirá la antigua lucha. El hecho de haberse suicidado en la vida anterior, en circunstancias similares, hará que vuelva a experimentar lo mismo, bajo la forma de una tendencia a repetirlo, es decir, a superar la dificultad de la forma más fácil.

Por otra parte, también regresará el recuerdo subconsciente del sufrimiento después del último suicidio, lo que estimulará con fuerza la conciencia de que en esta ocasión debe encontrar una solución diferente.

En esta situación de tensión mental, cuando el hombre se encuentra en vilo entre su pasado y su futuro, si supiera con toda claridad cómo cometió el suicidio en el

pasado, a consecuencia de las mismas circunstancias, es muy probable que se viera fuertemente influido por sus acciones del pasado, y que se viera también reforzada su falta de confianza, lo que le empujaría a cometer nuevamente el suicidio.

El olvido de aquellos detalles del pasado que lo enervarían, le permiten ser más apto para combatir ahora con mayor vigor.

No llegamos a comprender hasta qué punto nos vemos dominados por nuestro pasado, y constituye una verdadera bendición para la mayoría de nosotros el hecho de que los dioses benignos hayan corrido un tupido velo sobre el pasado, ya que eso no podría ser sino nocivo en nuestro grado actual de evolución, y ello por numerosas razones.

Incluso cuando nos identificamos con nuestro pasado, éste permanece escondido, salvo en la forma de un recuerdo indirecto y, por lo tanto, con la manifestación de las facultades y disposiciones.

La memoria directa se produce cuando hemos aprendido a disociar nuestro presente de nuestro pasado.

Somos siempre nuestro propio futuro, no nuestro pasado, y cuando podamos contemplar de una forma impersonal nuestro pasado, como hace un juez que no se identifica con los hechos que examina, entonces podremos empezar a recordar directamente los detalles de las existencias del pasado.

La segunda razón por la que no recordamos directamente nuestras existencias pasadas se encuentra en el

hecho de que el «yo» que pregunta: «¿Por qué no recuerdo?», no es el que vive en el pasado, sino que ahí vive el alma, y no este «yo», con todas sus limitaciones.

Pero ¿acaso el «yo» no es el «alma»?

Para la mayoría de las personas no lo es, y eso quedará claro para cualquiera que reflexione sobre el problema.

El hombre y la mujer medios son con frecuencia no tanto un alma como un conjunto de atributos, de sexo, de creencias, de nacionalidad, etc., mientras que debemos recordar que *el alma es inmortal y que, por lo tanto, no pierde nada con la muerte del cuerpo.*

*El alma no vive en el tiempo,
y por eso no puede decirse que sea joven,
que se corrompa y envejezca,
como tampoco es masculina o femenina,
porque contiene en sí misma
las mejores cualidades de ambos sexos;
el alma no es ni hindú ni budista,
ni cristiana ni musulmana,
sino que vive la vida única,
y asimila esa vida única
según su propio temperamento.
El alma no es ni inglesa ni americana,
no pertenece a ninguna raza en particular,
no pertenece a ninguna casta o clase,
ya que todo forma parte de la vida única
y, ante Dios, no se es brahmán,
ni shudra, ni hebreo ni gentil,
ni aristócrata ni plebeya.*

Con una parte de sí misma, esta alma forma la personalidad durante un periodo de la vida, como sujeto de experimento y de experiencia. A través de la persona, ya sea un niño, un muchacho o una muchacha, un hombre o una mujer, un anciano o una anciana, el alma contempla la vida y, mientras observa, elimina las distorsiones debidas a los caparazones exteriores.

Sus personalidades pasadas pueden ser las de un habitante de Lemuria o de la Atlántida, un hindú, un griego o un romano, y ella escoge a los mejores y se desinteresa por las otras.

Toda la literatura, la ciencia y las artes, las religiones y las civilizaciones constituyen su escuela, su palestra y su laboratorio.

Su patriotismo sirve a una humanidad indivisible, y su credo es la cooperación con el plano de Dios y con la Evolución.

Es el alma que ha vivido todas las existencias pasadas.

¿Cuántos se han identificado con este alma de entre aquellos que, hombres o mujeres, preguntan por qué no recuerdan las vidas pasadas?

En realidad, la preguntan se la plantean a la personalidad.

El cuerpo de esta personalidad tiene un cerebro en cuyas células no han quedado impresos los recuerdos de la vida pasada.

La memoria la conserva el hombre divino, que está fuera del tiempo y que no tiene limitaciones de eredo o de patria. Para recordar las vidas pasadas de nuestra alma, el cerebro de la personalidad actual debe conver-

tirse en un espejo, sobre el que puedan reflejarse los recuerdos del alma.

Pero antes de que tales recuerdos puedan llegar al cerebro hay que eliminar varios impedimentos: el sentido de la mortalidad, del tiempo, del sexo, del color, de la casta.

Mientras permanezcamos envueltos por pensamientos mezquinos de un nacionalismo exclusivista y en la creencia restringida de la religión, mientras mantengamos las barreras que existen entre nuestro Ser Superior y el inferior, no podremos alcanzar esa clase de iluminación.

Es necesario alcanzar amplitud intelectual y una amplia simpatía, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color, antes de que pueda brotar la verdadera conciencia de las almas, del mismo modo que un rayo de luz que atraviesa nubes espesas.

No existe un modo más eficaz para saber qué somos como entidades inmortales, fuera del tiempo, que descubrir cuál es nuestra forma de actuar en el tiempo.

Cuando un hombre o una mujer descubren que la más elevada sofisticación es el sacrificio y la inmola-ción de sí mismos, entonces, lentamente, desciende una conciencia más grande del alma hacia el cerebro de la personalidad.

Con ese descenso se inicia entonces el recuerdo directo de las existencias del pasado.

A medida que evoluciona la personalidad, al no dese-ar mayor luz, sino sólo aquella que sea necesaria para el paso sucesivo por todo el sendero de su obra, todos los

impedimentos se consumen gradualmente, uno tras otro, en el fuego purificador. Del mismo modo que el sol que disipa más nubes cuanto más asciende, lo mismo sucede en la vida de la personalidad; entonces, esta comprende con toda certeza el alma humana e inmortal y que su futuro es el de crecer en un esplendor sin límites.

Entonces, y sólo entonces, regresamos a los recuerdos de las vidas pasadas.

En cuanto a cómo regresamos, lo saben bien aquellos que viven realmente la vida. El hombre ha adquirido numerosos conocimientos útiles, pero ninguno de ellos es mayor que el de saber que la evolución espiritual es un hecho, y que el método para evolucionar consiste en profundizar en la materia, según la ley de la adaptación.

Ese conocimiento es válido para todos aquellos que buscan rectamente el modo correcto de ser un hermano para todos los hombres, sin distinción de raza, creencia, sexo, casta o color.

2. La visión del espíritu

La historia de la humanidad y la historia del pensamiento y de las fases por las que han pasado los hombres desde el estado salvaje al civilizado, se distinguen las unas de las otras por la influencia que ejercieron ciertas grandes doctrinas. Entre las enseñanzas que modelaron la civilización, la de la evolución preanuncia una nueva era en el mundo del pensamiento.

Considerada en un principio como de un interés sobre todo académico, la doctrina de la evolución no tardó en ser reconocida por su gran valor práctico, mientras que en la actualidad es reconocida como absolutamente necesaria para comprender cualquier problema de todos los ámbitos de la vida.

A pesar de todo, es un hecho indiscutible que la doctrina de la evolución no es más que una teoría.

Nadie ha vivido el tiempo necesario para constatar la existencia de los anillos en la cadena evolutiva, para afirmar las mutaciones postuladas, los efectos acaecidos y que la cadena evolutiva no sea una fantasía, sino un hecho.

A pesar de ello, la doctrina de la evolución es acepta-

da por todos como una idea dinámica e incluso como una especie de varita mágica capaz de crear milagros en el mundo del pensamiento.

Sitúa a los organismos heterogéneos de la naturaleza en reagrupamientos ordinarios: del átomo inanimado al protoplasma, de los organismos unicelulares a los multicelulares, de los invertebrados a los vertebrados, del simio al hombre no hay más que una sola escala de vida ascendente:

*«Luchando por alcanzar la humanidad,
el gusano sube a lo largo de las espiras de la forma.»*

Y, sin embargo, nadie puede decir que la evolución sea un hecho agradable de contemplar, puesto que los sistemas despiadados de la naturaleza son evidentes para cualquiera.

La naturaleza aparece como cruel y destructiva en el proceso de crear y perfeccionar a sus criaturas, haciendo que las unas sean presa de las otras, generando más seres de cuantos pueden sobrevivir en la dura lucha por la existencia. Con *«dientes ensangrentados y la presa entre las garras»*, crea y destruye, y crea nuevamente, e intenta sobre todo hacer sobrevivir a la especie, sin prestar la menor atención al placer y al dolor de la vida individual.

Los hombres, orgullosos de su soñada libertad de pensamiento y de acción, no son más que peones del gran juego.

Cuanto más se comprende la evolución sobre la base de los hechos que han recogido los científicos, tanto

más pueden los hombres afirmar, con Omar, en relación con su nacimiento, vida y muerte:

*«Llegamos a este mundo sin saber el porqué,
ni de dónde,
como el agua de un río que no fluyera
espontáneamente;
y nos marchamos como el viento del desierto,
sin haberlo averiguado...»*

Rubaiyat, de Omar Khayyam

Esta actitud no representa, desde luego, la opinión de la gran mayoría de los hombres.

Millones de hombres creen en un Creador y en que *«todo seguirá bien en el mundo mientras Dios esté en su cielo»*.

No es nada exagerado decir que su optimismo recibe continuamente fuertes sacudidas. Ningún hombre o mujer inteligente puede protegerse del entorno y no estar de acuerdo con Tennyson cuando dice:

*«Primer acto: esta Tierra, escena inmersa en
el terror, con actores aburridos detrás del
escenario móvil.
Ten paciencia. El autor revelará, en el quinto acto,
el sentido de este feroz drama.»*

Tal como están concebidas actualmente, ninguna de estas dos ideas, la de la evolución y la del Guía Divino, satisfacen plenamente a los hombres que intentan tener una visión inspirada de la vida. Es indudable que la primera presenta un desfile espléndido de la naturaleza,

pero no aporta ningún mensaje al hombre individual, salvo el de demostrar cómo lo utiliza la evolución en su breve día de vida, y cómo lo invita a resignarse estoicamente a la extinción, cuando la naturaleza ya no lo necesite.

La segunda doctrina, en cambio, apela al corazón de los hombres con acentos seductores de una potencia caracterizada por la rectitud, pero hace ver a Dios solamente en las lagunas de este despiadado orden cósmico que la ciencia revela. Es pues, natural, que sea digna de examen toda filosofía que postule una relación inseparable entre Dios y la evolución, entre la naturaleza y el hombre; y esa es la perspectiva que propone la teosofía, bajo la luz de una gran idea.

Esa idea no es otra que la de la evolución de la vida. Del mismo modo que la ciencia narra mutaciones incessantes de la forma, desde el protoplasma hasta el hombre, la teosofía afirma que, de modo parecido, se produce una creciente mutación de la vida. Esa vida no tiene su origen en las formas tal como las vemos a ella asociada, sino que, como afirma la teosofía, es indestructible y evoluciona.

La vida es indestructible en el sentido de que cuando un organismo es destruido no todo cesa, sino que permanece una vida que todavía es consciente.

Cuando una rosa se marchita y sus pétalos quedan reducidos a polvo, la vida de esa rosa no deja por ello de existir; su vida persiste en la naturaleza, conservando en sí misma los recuerdos de todas las experiencias por las que pasó, revestida con la forma de una rosa. Por eso, en el curso de los acontecimientos y siguiendo las

leyes que son comprensibles, esa misma vida anima a otra rosa en el estado sucesivo, y aporta consigo, en su segunda incorporación, los recuerdos de la primera.

Por eso, allí donde parezca que se produzca la muerte de una cosa viviente, ya sea cristal o planta, animal u hombre, siempre persiste una vida indestructible y consciente a pesar de que, según todas las apariencias, el objeto parezca inanimado y se encuentre ya en el proceso de la decadencia.

Además, esta vida evoluciona exactamente tal como los científicos afirman que se desarrollan los organismos.

La vida es, primero, amorfa, y responde poco a los estímulos exteriores; conserva solamente un oscuro recuerdo de las experiencias que tuvo en las sucesivas incorporaciones.

Pasa, sin embargo, de un estadio a otro, atraviesa por organismos cada vez más complejos y de ese modo, gradualmente, se hace más definida, más diversa, más organizada en sus funciones.

Del mismo modo que las formas exteriores evolucionan desde el protoplasma al hombre, así también evoluciona la vida del alma.

Toda la naturaleza, visible e invisible, constituye un campo de evolución de la vida, que atraviesa la serie sucesiva de formas en evolución.

Las fases principales de esta vida en evolución van del mineral al vegetal, del vegetal al animal, del animal al hombre. La doctrina de la vida que evoluciona atraviesa las formas en evolución, y responde a los problemas que atormentan a los biólogos de hoy.

Muchos de los hechos que han sido considerados hasta ahora como fuera del dominio de la ciencia, quedan explicados por las nuevas leyes, y las lagunas existentes quedan superadas al conformar más la doctrina de la evolución con la lógica.

Además, esta doctrina demuestra que la vida no es del todo destructiva y que sólo es cruel en apariencia, puesto que nada puede hacer que se pierda, dado que cada experiencia, cada forma de la que disfruta dentro del proceso de la selección natural, se encuentra atesorada dentro de la vida misma.

Las vidas pasadas se manifiestan todavía en el presente para demostrar que la intención de la naturaleza no es la de la destrucción mortal, sino la de la vida siempre triunfante sobre la muerte, para crear al hombre inmortal.

En todo ser humano vemos el mismo principio de la vida en evolución e inmortal, ya que el hombre es una vida individual consciente, un alma inmortal, capaz de vivir independientemente del cuerpo al que llamamos «hombre».

En toda alma está actuando el proceso evolutivo.

En el momento en que surge a la existencia como alma, eso es débil y caótico en su conciencia, vago e indefinido en su comprensión del significado de la vida, y capaz solamente de pensar y de experimentar sentimientos limitados. Pero a partir de ahí puede evolucionar desde lo indefinido a lo definido, desde lo simple a lo complejo, desde el caos al orden.

La evolución del hombre se produce por sucesivas

manifestaciones en cuerpos de carne, pasando, después de un cierto tiempo, a otro cuerpo para comenzar la vida.

Este aspecto de la evolución de la vida que experimentan los hombres, es llamado reencarnación.

Del mismo modo que la evolución contiene todas las formas distribuidas por especies y géneros, familias y órdenes de clase y grupo, subreinos y reinos, formando una única cadena sin solución de continuidad, así la reencarnación reúne todas las experiencias humanas en una sola y coherente filosofía de la vida.

Imaginemos que la existencia se halle simbolizada por una montaña que millones de seres escalan para llegar a la cumbre. Tendrán que transcurrir muchos días antes de que el escalador alcance su meta.

Mientras tanto, sin embargo, cambia gradualmente la perspectiva de las cosas que hay por debajo y por encima de él; puede contemplar nuevas vistas a medida que asciende, sus ojos empiezan a adaptarse a los nuevos horizontes y, después de cada paso, los objetos transmutan sus formas y proporciones.

Finalmente, al llegar a la cumbre, un vasto panorama se extenderá ante él, y podrá ver con toda claridad el camino que ha seguido y comprenderá por qué ha tenido que descender en aquel valle y rodear aquel peñasco.

La montaña representa la existencia y los escaladores de todas sus paredes son los hombres y las mujeres, que son almas inmortales.

Imaginemos por un momento a los peregrinos que se encuentran al pie de la montaña, y que se disponen a emprender la escalada hacia la cumbre. Comprendere-

mos lo muy limitado que será su horizonte y lo poco que podrán ver el largo sendero que se extiende ante ellos. Imaginemos que esos peregrinos representan a la humanidad más atrasada, es decir, a los seres humanos más salvajes y menos inteligentes que podamos encontrar hoy sobre la Tierra.

Según la teoría de la reencarnación, estas son almas-niño que han entrado apenas en la existencia y que se encuentran a punto de iniciar la evolución para convertirse en almas perfectas.

Con objeto de comprender el proceso evolutivo, observemos a uno de estos seres mientras inicia el ascenso de la montaña.

Lo primero que podremos observar es que este alma-niño manifiesta una dualidad, ya que es alma y cuerpo al mismo tiempo; como alma, procede de Dios, pero como cuerpo procede de lo bruto.

El cuerpo que ocupa lleva impreso un fuerte instinto de autoconservación, debido a la feroz lucha por la existencia de su progenitor animal, mientras que el alma que procede de Dios posee la intuición del bien y del mal, aunque con una escasa voluntad.

El cuerpo, para lograr su conservación, exige que sea egoísta y, al faltarle la voluntad para dirigir su propia evolución, actúa tal y como le exige el cuerpo.

3. Visiones del sí mismo separado

De todo ello se deriva que los primeros estadios del alma y su visión de la vida mientras asciende la montaña es la del sí mismo separado. La expresión «mío, no tuyo», representa el principio de sus acciones. Se encuentra dominado por los anhelos, y se ve impulsado por la sed de sensaciones. No vigila si es injusto o cruel con respecto a los demás, mientras vive sus días y sus noches inmerso en el egoísmo. Parece poseer una voluntad tenaz, puesto que tiene capacidad para imponerse a los más débiles, pero en realidad se halla privado por completo de voluntad, ya que no es más que un juguete de la herencia animal, que todavía no está en situación de controlar.

No dispone de mayor voluntad libre que la de la rueda del molino que gira, impulsada por la corriente del río. Sólo es un juguete de la voluntad de vivir que, a través de él, cumple con una finalidad que no es la suya.

Sin embargo, cuando reconozcamos que cada una de estas almas es inmortal y que su futuro es «el de una cosa destinada a crecer hacia un esplendor sin límites», empezaremos a comprender por qué el egoísmo juega un papel tan importante en la vida durante el transcurso

de esta primera fase; pero lo cierto es que, en las fases sucesivas, deberá ser capaz de erguirse sólidamente sobre la base de una individualidad coherente.

Llega, sin embargo, el momento en que tiene que desarrollar la iniciativa y la potencia; está preparado para vengarse, pero con ello se extiende el germen de la decisión; es dominador y cruel, pero con ello disemina el germen de la iniciativa inteligente que deriva de la astucia animal que todavía demuestra.

Todo mal que haya causado en el pasado debe ser pagado con laboriosos servicios en favor de sus víctimas anteriores; a pesar de todo, el mal que produce en esta fase es menor, por cantidad y por fuerza, con respecto al que puede causar en las fases sucesivas, cuando la inteligencia sea más aguda y las emociones más potentes.

En un cierto momento de la evolución humana, hasta el propio egoísmo tiene su importancia en la economía de las cosas, ya que el egoísmo constituye una fuerza necesaria para construir las fortalezas del cielo.

Las almas que son egoístas únicamente debido a su propia juventud son, en esencia, divinas.

No hay nada de malo en ello porque sus vicios no son más que ausencia de virtud; así pues, sus males son nulos, como un silencio que abate la presencia del sonido.

Estas almas vuelven a nacer, una vida tras otra, ya sea como hombres o como mujeres; viven una vida de egoísmo y son pocas las transformaciones de su carácter que se pueden observar en este período. Bastante pronto, sin embargo, experimentan un sentimiento de insatisfacción que oprime su vida.

La mente todavía es demasiado débil para comprender que «no sólo de pan vive el hombre».

El individuo permanece estable sobre la base creada por su propio egoísmo.

Sin embargo, llega para él el momento de emprender el trabajo de superación de sí mismo, y con ello empieza a desplegarse ante los ojos de su alma la visión de las fases sucesivas. Según el tipo del alma de que se trate, esta visión será la de la mente o la de las emociones.

Hay en la vida dos tipos principales de almas, aquellas en que la inteligencia controla las emociones, y aquellas otras en que las emociones dominan la mente.

Un tipo no es más elevado que el otro; se trata, simplemente, de fases por las que se tiene que pasar en el desarrollo de las facultades más elevadas para alcanzar la intuición. La visión de la tercera fase es precisamente ésta, la de la intuición, pero las almas pueden llegar a ella a través del intelecto o a través de las emociones.

Examinemos primero aquellas almas cuya evolución se produce a través del intelecto.

4. La visión de la mente

Descubriremos que la mayor parte de la inteligencia de estas almas ha sido desarrollada en la primera fase, por medio del egoísmo, que las hacen solícitas y astutas para aprovechar las oportunidades de satisfacer sus exigencias. Esta clase de inteligencia es empleada por las guías invisibles de la evolución, al situar a las almas en circunstancias en que la astucia animal pueda desarrollarse en el verdadero intelecto.

Los bienes y los males pasados, sembrados por este alma, serán recompensados de modo que le conferirán ocupaciones e intereses, de tal forma que tendrá que pensar en las cosas que le rodean, independientemente de su relación con ellas.

Antes de valorar la experiencia en términos de ventajas personales, empezará a reagruparlas en tipos y categorías y, de este modo, comenzará a entrever gradualmente un orden material y moral en el cosmos, mucho más potente que su voluntad.

Al ser entrevista por el alma, toda nueva ley de la naturaleza es temida, ya que esa ley parece existir únicamente para obstaculizarla. Sin embargo, a medida que

obtiene una mayor experiencia sobre su modo de proceder, empezará a fiarse de las leyes y, en consecuencia, a usarlas para alcanzar sus propósitos.

Aparecerá el amor por el aprendizaje, y la naturaleza ya no será para él una página en blanco; dejará de ser un par de ojos detrás de los cuales no está el ojo para ver.

En este punto se puede constatar que el egoísmo todavía altera los juicios de su mente. El individuo será un doctrinario, un pedante militante, lleno de prejuicios, ya que todo su intelecto y su carácter demostrarán una marcada debilidad y a menudo propondrá principios de conducta que en modo alguno estará en situación de aplicarse a sí mismo.

Continuará sin ver lo poco que puede comprender del mundo, ya que el mundo no es más que una manifestación de la vida, que es superior a la de la mente, y que la comprende únicamente con la mente y, por tanto, no la comprende del todo.

El exceso de intelecto se convierte en un defecto de la inteligencia ya que, en tal caso, el hombre observa todas las cosas como a través de un vidrio de color. Tienen que pasar muchas vidas antes de que, gradualmente, obtenga experiencia por medio de la mente, y antes de que las asimile, formándose un concepto claro de la vida.

Ahora, sin embargo, empezará a tomar parte activa en el mundo de la vida intelectual, y cuando ya se encuentre en el umbral de la fase siguiente, lo encontraremos trabajando en el campo de la ciencia, de la filosofía y de la literatura.

Su intelecto, sin embargo, todavía tiene demasiados

prejuicios personales y por eso debe llegar a ser impersonal y puro, antes de que se le pueda abrir la visión sucesiva, la de la intuición.

Nos encontraremos, una vez más, con que en su vida hace aparición la insatisfacción. Las estructuras que ha construido con tanto trabajo, resultado de largos años de trabajo, se desmoronan una tras otra, ya que la naturaleza revela siempre nuevos hechos para demostrar al mundo que sus generalizaciones sólo eran verdad en parte. El mundo por el que tanto trabajó lo olvidará algún día, y nuevos laboratorios recibirán los honores que a él se le debían; será incomprendido hasta por sus más queridos amigos.

Este sufrimiento, junto con la expiación, lleva consigo, tarde o temprano, una elevada purificación.

Finalmente, el alma aprende la gran lección de tener que actuar por amor al acto, y no por los frutos de la acción.

Conoce entonces la alegría de la dedicación altruista de sí mismo a la búsqueda de la verdad. Es un estudioso de las filosofías, pero no es esclavo de ninguna; finalmente, observa la naturaleza «tal como es» y, con una mente perfectamente impersonal, resuelve sus misterios uno a uno.

De este modo, empieza a alborear para él la visión de la intuición.

5. La visión de las emociones

Al describir el paso de la primera a la segunda fase, dijimos que en el mundo hay dos tipos principales de almas: las que pasan de la visión del sí mismo separado a la visión de la mente, y aquellas que evolucionan a lo largo de un sendero paralelo, pasando de las emociones a las intuiciones. Hemos visto cómo las almas son entrenadas por medio del intelecto para superar el sí mismo; ahora veremos cómo se puede alcanzar el mismo resultado cuando son las emociones las que predominan sobre la mente.

Del mismo modo que los tipos intelectuales manifestaron en la primera fase un marcado desarrollo de la inteligencia de especie baja, también podemos encontrar con que las almas que ahora examinamos, en aquella misma fase inicial, manifiestan una gran sensibilidad. No puede decirse que esta sensibilidad sea refinada o altruista, ya que será en gran parte lujuria y celos, con algunos rasgos de emociones religiosas.

El carácter de este tipo se verá fácilmente agitado por las emociones, y habrá que elaborar esa característica del alma para hacerla capaz de pasar a la fase siguiente.

El alma, al seguir su impulso emocional y egoísta, tratará de dominar a las almas más débiles, esclavas de sus deseos.

No obstante, las pasiones y el sentido de la posesión acompañarán a las almas de aquellos que sirvan a sus propios anhelos, una vida tras otra, hasta que se den cuenta de que éstas son necesarias para su vida emotiva, y que no puede hacerse otra cosa sino su voluntad.

Las pasiones impuras se transformarán gradualmente en sensaciones más puras, pero siempre se encontrarán de nuevo en relación con aquellas hacia las que le condujeron impulsivamente sus emociones en otras ocasiones.

Sin embargo, el mal que haya podido causar en el pasado arrojará ahora un velo sobre sus ojos, haciendo que sea indiferente en cuanto a su consideración.

Lo amará y se sacrificará por él, con objeto de expiar mediante el servicio, los males causados en el pasado, a cambio de lo cual sólo recibirá ingratitud. Cuando trate de romper el vínculo que lo une a los demás, se dará cuenta de que no podrá hacerlo. Maldecirá el amor, sólo para regresar siempre de nuevo al altar del amor y presentar sus ofertas ante él.

La vida estará llena de desilusiones y desesperación y, en los momentos más serenos, reconocerá, a pesar del sufrimiento, que su vida emocional abre gradualmente un nuevo sentido ante él.

Empezará a aferrar, aquí y allá, los haces de luz de una juventud inmortal en todas las cosas, y el mundo, que le había parecido horrible y decrepito, se le aparecerá bajo la impresión emotiva, tal como lo concibió antes de que se convirtiera para él en una tragedia.

Transcurrirá una vida tras otra, alimentada por amores transitorios, lo que permitirá incrementar este sentido, transformándolo finalmente en un sentido de maravilla.

A continuación, la naturaleza le revelará nuevos valores en todas las cosas de la vida, cuyo significado ya no podrá olvidar. Cuando el amor agite su ser, toda brizna de hierba y toda hoja y flor adquirirán un nuevo significado para él; percibirá entonces la belleza allí donde antes no la había visto.

Verá todo lo que le rodea como algo hermoso: un rostro humano, una flor, una puesta de sol, una melodía, y todo eso lo unirá de nuevo, de un modo misterioso, con todo aquello que ama; y entonces, el mundo dejará de ser para él una página en blanco.

Sucede que este sentido de estupor es intermitente, y que hay períodos en los que el mundo parece envuelto como por un velo; pero ese velo es de creación propia, y hay que arrancarlo si se quiere alcanzar la visión de la intuición.

El desconsuelo desciende una vez más sobre la vida de ese ser. un desconsuelo que se debe al hecho de que el amor mismo es transitorio. Aquellos que él ama y por los que es correspondido, le darán la espalda, precisamente cuando la vida parezca florecer para él; los amigos a los que idealizó sacudirán aquellos mismos ideales que él formó con tanto amor.

Por muy cruel que eso pueda parecer, no es más que la cosecha de todo aquello que él mismo sembró. Esta maduración, sin embargo, tiene un significado preciso. Hasta ahora, él amaba no el amor, sino su sombra, no el

ideal que es inmortal, sino sus reproducciones que se hallan sometidas a la decadencia.

A partir de ahora, el carácter debe consolidarse para no oscilar desde el entusiasmo a la depresión, y tampoco debe contentarse con un vago misticismo que lo hace gozar de sus sentimientos, sino que más bien debe buscar las causas que lo determinaron.

De este modo, alcanza la inevitable purificación por medio del sufrimiento; las escorias del sí mismo son finalmente quemadas, para que no quede más que el oro del deseo divino.

Ahora ya sólo descubre los verdaderos sentimientos, que son aquellos que contienen el espíritu de sacrificio.

Para esta alma, purificada en el deseo, y por haber quedado purificada y permanecer impersonal en el intelecto, alborea ahora la visión de la intuición.

6. La visión de la intuición

*«Antes de que los ojos puedan ver,
deben ser incapaces de derramar lágrimas.
Antes de que las orejas puedan oír,
deben perder su sensibilidad.»*

Eso dice *La luz en el Sendero*; todas las almas que se encuentran juntas en este estadio han aprendido la amarga lección de que *sólo con la renuncia se empieza efectivamente a vivir*.

Han podido constatar por experiencia propia que aquello que una vez apareció muerto no es más que una «contricción de la vida». Han descubierto finalmente el significado de la vida:

El hombre es un hijo de Dios que nace para ser un colaborador de su padre.

Para un hombre así se observa que la finalidad de sus pensamientos y sentimientos consiste en que la acción tenga ventajas para el prójimo y que esa acción esté desprovista de deseos y no se busque con ella recompensa alguna, sino que esté impregnada de un espíritu de reconocido sacrificio. En esta fase, el hombre ya po-

see la facultad de la intuición que trasciende tanto la razón como la emoción, aunque confirmando también el razonamiento.

Llega así a percibir la vida única.

Se siente atraído por todo aquello que une, y si es del tipo intelectual, le gustará hacer síntesis científicas y filosóficas, mientras que si es del tipo emocional se dedicará al arte y a la filantropía. Para un hombre así, los muchos se convierten gradualmente en Uno.

La ciencia le habla de la unidad de la naturaleza, la filosofía le dice que el hombre es una conciencia que se crea su propio mundo, el arte le revela la belleza y la juventud de todas las cosas, la religión le susurra en el corazón el amor por todas las cosas. Simpatiza con todo y su voluntad está siempre a su servicio.

Ya no está muy lejos el tiempo en el que surgirá el alba de la visión del Espíritu. Pero, para conducirlo hasta ese punto, volverá a sentirse nuevamente acuciado por la insatisfacción.

Esa insatisfacción, sin embargo, ya no es de carácter personal; la triste maduración de los dolores sufridos debido al mal causado es superada ahora, y «sólo los tormentos de los demás proyectan su sombra sobre mí».

Esa insatisfacción tampoco se debe a la mutabilidad de las cosas, ya que conoce, fuera de toda duda, su propia inmortalidad y, aunque todo cambie, él percibe aquello que nunca cambia.

A pesar de todo, y para escalar el último tramo, siempre se siente oprimido por la insatisfacción.

Es en esta fase cuando se convierte en un creador.

Dejándose llevar por la intuición que lo guía, crea en

los campos de actividad en los que se ejercitó en las vidas pasadas, ya sea como poeta, artista, estadista, santo o científico; se convierte así en un gran genio del mundo.

A pesar de que sus creaciones les parecen a todos como un milagro, para él sólo son parcialmente verdaderas y parcialmente perfectas, ya que percibe el Ideal, intenta traducirlo en realidad para los hombres y, por eso mismo, él, más que ningún otro, sufre las propias deficiencias.

Mientras crece de ese modo, una vida tras otra, ya sea como científico o poeta, como artista o santo, se transforma gradualmente en un nuevo tipo de hombre, que «ve con ojos diferentes a los de los demás»; reconquistada la integridad de su corazón y la inocencia de sus manos, se convierte en una especie de «niño pequeño», «iluminado por la piedad», en un nuevo Parsifal, en el «loco puro», y recibe entonces su herencia.

7. La visión del Espíritu

Cuando el hombre llega a este punto, le espera en el umbral *aquello que vigiló sus pasos por muchas existencias sucesivas* y que, a pesar de ser invisible, lo animó a continuar su camino.

Eso es el Maestro «de la Comunidad de los Caballeros del Bien, que el mundo recuerda».

En el Maestro, el alma encuentra la realización de todos los ideales que persiguió a lo largo de sus existencias. Con la mano en la mano de este «Padre en Dios», surca el sendero mientras toma de su Maestro la visión del Espíritu.

¿Puede describirse una visión así si no se ha experimentado, y puede hablarse de ella con autoridad si no se es un Maestro? Es entonces cuando los maestros de sabiduría siguen con sus pasos a hombres como Buda, Krishna y Cristo, que han hecho ver, con su propia vida, lo que debe ser esa clase de visión.

En esta visión del Espíritu, los muchos son Uno.

*«En este universo, Él, el Único, va y viene;
Él es como el fuego o el agua que lo cubre todo;*

*sólo conociéndole se supera la muerte,
no hay ningún otro sendero fuera de Él.»*

Para el alma que ha terminado de salir de este modo, cada alma no es «un espíritu que actúa, no es aquello que era, sino aquello que será». En la vida no hay ni altos ni bajos, ya que en cada cosa se encuentra el rayo de la única llama divina.

Tanto al atravesar lo más bajo como al atravesar lo más alto, «Dios se complace en permitir elevarse con su luz».

La vida se convierte así en un sacramento y él no es más que el celebrante; con pensamientos de amor y con actos de bondad él celebra y se une con Dios y Dios se une con el hombre. Entonces, el hombre renuncia a la voluntad de vivir y, de este modo, alcanza la meta: «al renunciar al sí mismo, el universo se convierte en su Yo».

A pesar de todo, aprende que este «Yo» no es más que un débil rayo de la gran Luz.

A partir de ahora, vive sobre todo con la finalidad de que alguien más grande que él pueda vivir por medio suyo, amar a través de él, actuar por medio de él.

Esté donde esté, en el cielo o en el infierno, allí donde se necesite su actuación, su corazón le susurrará:

*«Con él conozco al hombre poderoso,
que resplandece como un sol, más allá de
las tinieblas.*

*Sólo con él conozco, sólo con él se vence la muerte,
y ningún otro sendero conduce a la salvación.»*

8. La ley de la renuncia

La alegría de vivir, ¿no está acaso por todas partes?

En la planta, en el animal, en el hombre, ¿no vemos un instinto por alcanzar la felicidad que impregna toda la creación, de lo bueno a lo mejor, de lo medio a lo óptimo?

Desde que Dios pronunció las palabras «Hágase la luz», ¿acaso no buscan todos los hombres el salir de las tinieblas, de surgir a la luz, vislumbrando ciega y oscuramente que la felicidad debe ser su meta? Y, sin embargo, qué raros son aquellos que encuentran la felicidad en la vida.

Es fácil cantar: «Mientras Dios esté en su cielo, todo va bien en la Tierra».

Pero para cantar de este modo se debe ser ciego para las cosas que suceden, porque la vida es una tragedia para muchos.

No obstante, todos sentimos que la felicidad debe ser el propósito de la vida, y la humanidad no se equivoca en sus sentimientos más profundos.

Pero, entonces, ¿por qué no es más fácil alcanzar la felicidad?

El hombre es un alma en evolución.

Hay una filosofía de la vida que afirma que el hombre es un alma inmortal, que no vive una sola vida sobre la tierra, sino muchas, que crece con la experiencia que recoge desarrollando múltiples capacidades y virtudes.

Esta filosofía postula que todos los hombres son hijos del Padre único, que creó el universo para que sus criatura pudieran alcanzarlo en la beatitud.

Según esta teoría, el propósito de la vida no es el de alcanzar una situación estable de felicidad individual, sino más bien el desarrollo de un plano o de un ideal futuro, y encontrar en ese trabajo una sofisticación siempre creciente.

Según el punto de vista del teósofo, todos los hombres actúan por un ideal futuro preordenado, pero lo hacen a niveles diferentes, conforme a sus diversas actitudes.

La constatación de estos niveles diferentes y de las leyes de la vida propias de cada uno, hace que la vida sea menos problemática.

Hay tres niveles principales en el sendero de la beatitud que conduce al Bien Altísimo, y son: felicidad, renuncia y transfiguración.

9. El nivel de la felicidad

En este nivel, Dios reclama a sus hijos para que aporten colaboración, ofreciéndoles la felicidad como propósito de la existencia. Infunde en sus corazones el anhelo de felicidad, y proporciona el medio para hacerlos felices. El amor de la mujer, del niño y del amigo, la fama de los hombres, éxitos y comodidades, todo eso constituye la recompensa que Él les reserva.

Existen muchos senderos para las almas jóvenes, donde pueden encontrar la felicidad y probar tales placeres.

El sendero que conduce a la beatitud, sin embargo, exige trabajo, y quien intente recorrerlo debe especializarse en un trabajo más amplio del que ha desarrollado hasta ahora. Debe pasar al nivel siguiente y, para hacerlo así, debe transformarse interiormente.

Hasta este momento medía a los demás hombres y a las cosas con el criterio de su pequeña personalidad, pero de ahora en adelante debe elegir el criterio de su Ser Superior.

Debe romper con cualquier demora y comprender, cada vez con mayor claridad, que aquello que es impor-

tante en la vida es precisamente aquello que no lo es; es decir, no es importante su propia felicidad, sino el acto de llevarla a cabo.

Pero antes de que empiece a comprender eso, debe efectuar una conversión.

10. La conversión

Los hombres se desvían en muchos sentidos de los intereses del pequeño sí mismo personal para pasar a realizar la obra del Gran sí mismo. Algunos, al amar la verdad envuelta en ropajes religiosos, aprenden de corazón de una Personalidad que deslumbra su imaginación. Otros estudian la ciencia y la filosofía y descubren el estupendo plano evolutivo, alcanzando el inevitable resultado de que el individuo no es más que una unidad en el Gran Todo, y no el centro del cosmos. Si escrutan el universo de modo apropiado, verán que existe en él una voluntad que actúa y con la cual querrán cooperar a toda costa.

Otros asisten a la misteriosa experiencia de observar el lado oculto de las cosas y, de ese modo, la vida comienza a transmitirles un mensaje de renovación. Son múltiples las vías de la conversión, idénticas en todas las tierras y en todas las religiones. Pero hay un factor humano que es común a todas ellas: la personalidad antigua se disuelve, mientras que una nueva es integrada al servicio de la Gran Obra.

Cuando la nueva personalidad se muestra preparada,

por medio de la conversión, los instrumentos que debe usar tienen que ser puros. Esos instrumentos son su pensamiento y sus sentimientos, en los que ya se ha iniciado lentamente un proceso de purificación.

II. El significado del dolor

Para algunos, el dolor endurece el carácter; hay otros, sin embargo, que están preparados para entrar en la segunda fase: el dolor los purifica.

El propio tejido de la carne de aquellos que sufren parece más luminoso y puro, como si a través de cada una de sus células resplandeciera la luz de un fuego escondido.

Lo mismo puede decirse en lo que se refiere al sufrimiento mental.

¿Acaso no nos sentimos irresistiblemente atraídos con reverencia hacia aquellos que sufren mucho y noblemente, y a los que por eso mismo amamos?

*«... llora al ver a la muchacha,
y la tristeza descender feroz
sobre las serenas cejas adornadas de perfección.
El rostro ensombrecido por el dolor
tiene para muchos corazones
una alegría seductora.
La tristeza la hace serena,
la pasión, sabia; las lágrimas le dan encanto,*

*puesto que el silencio le concede una rara cordura.
Sus sollozos son como un canto,
y cada cosa expresada con lamento enternece
dulcemente,
e instila dolor y amor en el corazón...»*

12. El nivel de la renuncia

La vida parece llena de días tristes para aquellos que llegan al final de la primera fase, pero la lección es clara.

La lección es la siguiente:

¡Debemos hacer menos! ¡Debemos hacer menos!

Esta es la eterna canción que todos rezan, durante toda la vida, que cantan con voz débil.

En efecto, Carlyle expresa la sabiduría de los siglos cuando dice:

«El instante de la vida puede aumentar su valor no tanto elevando el numerador como disminuyendo el denominador.

»Si el álgebra no me engaña, la unidad dividida por el cero da el infinito.

»Convierte tu búsqueda en un cero, y tendrás a todo el mundo a tus pies.»

13. El significado de la vida

Con la renuncia, el alma que se encuentra en el umbral de la grandeza descubre el significado de la vida.

Si uno es religioso, gritará: «Hágase tu voluntad»; si uno es científico o artista, dirá: «No yo, sino la obra».

De este modo, las almas, al renunciar a la vida en la segunda fase, aman la obra.

Sentimos tristeza en el corazón, pero somos leales a la obra, y alcanzamos entonces un estado que es más que la propia felicidad: es la alegría de la creación.

Ellos manifiestan tal maravilla, que sus obras magistrales permanecen como enigmas por sí mismos. En sus inciertos resplandores se vislumbran las luces y nos damos cuenta de que, de vez en cuando y por su medio, esa Luz se manifiesta en el mundo.

Nos convertimos de ese modo en maestros perfectos en la técnica, en la religión, en el arte, en la ciencia y en todos los ámbitos de la actividad. Pero precisamente cuando descubrimos qué es la vida, qué significa crear, nos hacemos viejos y el ciclo se cierra antes de que parezca haberse iniciado. ¿Acaso el sendero de la renuncia lleva sólo a la desesperación?

14. El sendero de la beatitud

La vida concede al hombre lo mejor de sí misma:

Da la felicidad a algunos, la renuncia a otros, la transfiguración a unos pocos.

Nosotros, que amamos la verdad, ¿«debemos hacer menos»?

Dediquemos nuestro corazón y nuestra mente a la obra y descubriremos entonces que la *renuncia* nos lleva a la *transfiguración*.

Sólo hay una vía que conduce a Dios, y todos debemos recorrerla.

Es el sendero de la beatitud, y sus pasos son: la felicidad, la renuncia y la transfiguración.

Aquel que lo sacrifique todo por la obra, incluso «*perdiendo su propia vida*», la volverá a encontrar en seguida, y la recuperará «*con alegría, llevando consigo la gaviola madura*».

15. La obra oculta de la naturaleza

Existe una Luz oculta, que revela a los hombres que la naturaleza no es más que una expresión de una conciencia de la obra, y que esa conciencia desarrolla su propio plano a través de nosotros.

Cuando comprendamos el significado de este mensaje de la Luz oculta, que dice que las almas son inmortales y que no perecen con los cuerpos, podremos deducir que mientras la naturaleza se mantenga, no se desentenderá del todo por la vida singular.

Descubriremos a continuación que la fase evolutiva final de la naturaleza implica necesariamente el reconocimiento de los hombres como almas, porque sería un trabajo inútil el de la naturaleza que plasma lentamente a un reformador, si no proyectara utilizar su capacidad y su experiencia para llevar a cabo reformas siempre más grandes en el futuro.

Cuando llegue aquel que el mundo espera y que la naturaleza predestinó, ¿cuál será su obra sino empujar la obra de la naturaleza un paso más adelante en el camino del progreso?

Índice

1. Cómo se recuerdan las vidas pasadas	7
2. La visión del espíritu	43
3. Visiones del si mismo separado	51
4. La visión de la mente	54
5. La visión de las emociones	56
6. La visión de la intuición	61
7. La visión del Espíritu	63
8. La ley de la renuncia	66
9. El nivel de la felicidad	68
10. La conversión	70
11. El significado del dolor	72
12. El nivel de la renuncia	74
13. El significado de la vida	75
14. El sendero de la beatitud	76
15. La obra oculta de la naturaleza	77

